

**Colección de Conferencias Magistrales
BEATRIZ BARBA DE PIÑA CHAN**



Los pitjantjatjara- yankunytjatjara

Aborígenes del desierto
de Australia

Claudia Jean Harriss Clare

Sala Guillermo
Bonfil Batalla,
Febrero de 2015
Núm. 2

Dirección de Etnología y Antropología Social
Instituto Nacional de Antropología e Historia

**LOS PITJANTJATJARA-YANKUNYTJATJARA:
ABORÍGENES DEL DESIERTO DE AUSTRALIA**

Claudia Jean Harriss Clare

DIRECCIÓN DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

LOS *PITJANTJATJARA-YANKUNYTJATJARA*: ABORÍGENES DEL DESIERTO DE AUSTRALIA

Claudia Jean Harriss Clare

DEAS-INAH

En México sabemos muy poco acerca de las condiciones del pasado y presente de los aborígenes australianos. En esta breve presentación comparto algunas experiencias del trabajo de campo realizado en las comunidades del desierto central entre los *pitjantjatjara* y *yankunytjatjara*, algunos de los grupos más aislados y tradicionales de este lejano continente.

Durante mi estancia en el desierto (2011 a 2012) viví entre los hablantes de *pitjantjatjara* y otros trabajadores no aborígenes en una comunidad de aproximadamente 30 casas llamada Umuwa. Esta última funge como el centro administrativo de los llamados *APY Lands*, la denominación del territorio de los *anangu pitjantjatjara yankunytjatjara*. APY incluye a ocho pueblos “tradicionales” y otros 15 a 20 caseríos o ranchos de familias dispersados a lo largo y ancho de su región. El acceso al territorio es restringido y tan sólo se consigue por medio de un permiso, previamente obtenido de sus autoridades. Cualquier violación de este proceso implica la aplicación de multas. Además, el ofensor es acompañado a la salida con la instrucción de “no regresar”.

Durante el año de residencia en Umuwa, la investigación emprendida exploró las problemáticas de las escuelas indígenas y las relaciones entre ellas con las familias locales, lo cual me dio la oportunidad de identificar muchas dimensiones de su cultura y la vida cotidiana. Además, pude observar sus relaciones con la sociedad dominante australiana que, de algún modo, controla los bienes y servicios dentro de APY.



Figura 1. Entrada a Umuwa, APY (M. Burton, 2009).

A partir de este breve contexto, quiero compartir algunas notas relativas a este grupo y sus procesos del pasado y el presente. De modo inicial me enfocaré en las condiciones generales de vida y sus relaciones con el gobierno y los otros foráneos que actúan en su vida cotidiana. De ningún modo pretendo efectuar un acercamiento exhaustivo sino tan sólo una introducción sintética al contexto de la vida material de los aborígenes que viven en este territorio. Esto tiene la finalidad de abrir una ventana a la discreta vida de un pueblo que pasa casi por completo inadvertido para el mundo exterior. Debo señalar que, en virtud de las prohibiciones para tomar y publicar fotografías, sólo me permito incluir las imágenes autorizadas por la comunidad.

Para la comprensión de las culturas aborígenes en general, la situación actual de los *anangu* y sus relaciones con la sociedad dominante, iniciaré con una explicación de corte monográfico que describe el lugar y algunas de las dinámicas sociales y prácticas encontradas en las aldeas y las escuelas aborígenes.

Pitjantjatjara y *yankunytjatjara* son los términos que aluden a las dos variantes de un mismo idioma, la cual se habla dentro de un amplio territorio del desierto central. Es importante señalar que, a pesar de que éstas son similares y comprensibles entre sí, representan para ellos lenguas distintas vinculadas con subregiones e identidades étnicas particulares. Por su parte, la palabra *anangu* significa “gente”, de tal

modo que los “*anangu pitjantjatjara, yankunytjatjara*” (APY) son la gente que habla dichas lenguas.

El territorio conocido como *APY Lands* (territorio de los *anangu pitjantjatjara yankunytjatjara*) se encuentra en el noroeste del estado de South Australia (SA), ubicado entre 129° E - 135° E latitud /26°-27.5° longitud. Abarca aproximadamente 103 000 km² del desierto central. El clima en el verano es extremo y alcanza los 51°C.

En un estado colindante del norte (Northern Territory, NT) se hallan algunos poblados de *anangu* situados en un área llamada *Central*

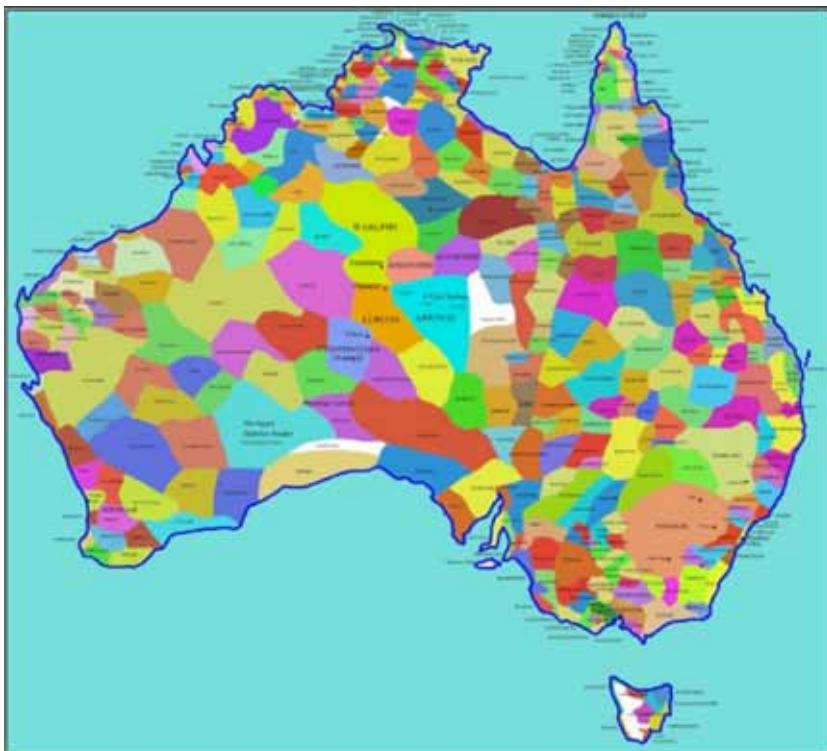


Figura 2. Distribución de las lenguas aborígenes australianas. Las tierras APY se encuentran en la parte del centro y sur del cuadro (Fuente: Australian Institute for Aboriginal and Torres Straits Islander Studies, Canberra).

Land Council. Además, hay otros *anangu* que mantienen sus aldeas al oeste y afuera de los límites de APY. Éstos forman parte del estado de Western Australia (WA) y, aunque la ortografía de los nombres aborígenes puede cambiar, la variante lingüística de estos últimos se llama *nganganyatjara*.

La administración del territorio, los proveedores de servicios y la vigilancia de las distintas regiones de los pueblos autóctonos proceden de tres entidades y estados independientes y cada provincia o subregión mantiene su propia forma de tenencia de la tierra, además de distintas relaciones sociales y legales entre los nativos, los territorios y los gobiernos estatales y federales. Es decir, en Australia no existe una sola ley que abarque los derechos indígenas nacionales, como es el caso del Artículo Segundo Constitucional de la carta magna de México. Cada territorio o estado australiano legisla sobre las regiones habitadas por distintos grupos aborígenes. Además, de acuerdo con la federación, Australia solamente reconoce el inglés como lengua nacional única, lo cual significa que no observa ningún derecho lingüístico de los hablantes nativos. Es interesante notar que tanto Australia como Estados Unidos son los dos países del llamado “primer mundo” que se han negado a firmar los acuerdos internacionales de los derechos universales de los pueblos indígenas de la ONU (United Nations Declaration on the Right of Indigenous Peoples, 2007).

Desde la década de 1970, los aborígenes de diferentes provincias iniciaron sus propios procesos de demandas en las cortes estatales y federales para el reconocimiento de sus territorios o “títulos nativos” (*Native title*). Muchos casos han sido resueltos, otros apelados nunca se han aclarado, mientras que otros han perdido todo esperanza de obtener sus derechos. De esta forma, se observa que cada grupo vive en contextos interétnicos legales distintos, con sus propias leyes, diferentes programas y grados de apoyo social. Un común denominador de todos es el proceso colonial vivido del siglo XVIII y XIX, el dominio de la población migrante del Reino Unido y el racismo inherente al sistema colonial.

Hasta 1967 todavía los aborígenes no formaban parte del censo nacional de la población general, sino estaban contados en las estadísticas de “reckoning population” o *población estimada*, pero no censada. En este mismo año, por los cambios en la constitución, son contemplan como ciudadanos del censo nacional con el derecho de votar. Anteriormente, su estatus fue de “sujetos de la Corona”. Esta exclusión obedecía a motivos políticos, ya que su presencia en el censo nacional implicaba una mayor representación y recursos del gobierno sobre todo en los estados y territorios con numerosos pueblos originarios.

En el caso de APY, luego de un largo proceso conflictivo de protestas, violencia, represión y litigio en la década de 1970, los *anangu* ganaron sus tierras con un título de propiedad privada colectiva, pero con estrictas prohibiciones de venta de parcelas por parte de individuos.

Por otro lado, es importante saber que en Australia no existen leyes federales que protejan el patrimonio cultural, histórico y natural del país, como es el caso de México. Esta situación deja a muchos de los pueblos originarios, sitios históricos y patrimonio cultural y natural en manos de individuos y de este modo, desprotegidos frente a las incursiones de procesos de extracción de recursos naturales, turismo comercial y, en general, explotación de territorios tradicionales, que son objeto de competencia por las compañías mineras por sus ricas reservas de níquel, uranio y ópalo.

La población de los *anangu* se aproxima a 4 000 personas. Sus comunidades del interior del estado de South Australia están relativamente aisladas en cuanto acceso y servicios del mundo exterior y, como se ha señalado ya, representan a uno de los pueblos más tradicionales del país. Esto se reconoce en su vitalidad lingüística y cultural, con un monolingüismo de 80%. Además, la mayoría participa en sus prácticas rituales y artísticas y confirma una sólida identidad étnica transmitida a través de la historia oral y sus propias nociones de los antepasados y los significados del territorio tradicional.

Dentro de las comunidades, la comida y bienes diversos, los medios de transporte y el diésel son escasos. Entre unas tiendas y otras median



Figura 3. La bandera de los aborígenes australianos.

distancias de una a cuatro horas en camioneta. En general, los precios locales son inalcanzables para la población, a pesar de que la mayoría de los *anangu* trabaja o recibe algún tipo de subsidio gubernamental. El hambre y la desnutrición son fenómenos comunes, si bien la cacería del canguro y la recolección aún son parte de su dieta y vida cotidiana.

El mantenimiento de las comunidades es totalmente dependiente del financiamiento del Estado. Todos los servicios básicos de educación, agua, vivienda, luz y caminos y subsidios económicos para vivir son controlados por el gobierno federal. Además, en las localidades hay escasas fuentes de trabajo y no existen empresas “privadas” manejadas por las mismas comunidades.

Asimismo, hay una dependencia de los profesionistas foraneos para todos los aspectos administrativos y el control de sus tierras. Aunque el territorio mantiene restricciones contra la venta, algunas tierras se rentan a las compañías mineras y el dinero se deposita en un fideicomiso utilizado para el beneficio de las comunidades.

Por sus condiciones de extrema marginación, las áreas aborígenes del interior del continente se identifican a menudo como “guetos rurales”. Las estadísticas sobre la pobreza y su mortalidad son sorprendentes. Por ejemplo, 45% de los hombres y 37% de las mujeres

aborígenes mueren antes de los 45 años de edad. Esto es, 20 años antes que sus compatriotas anglosajones del mismo país. Si comparamos esto con México, la diferencia en mortalidad entre la sociedad dominante y los pueblos indígenas es de seis años. Esto significa que los indígenas mexicanos se hallan en general en mejores condiciones de salud que los aborígenes australianos (véase Indigenous Life Expectancy, www.aihw.gov.au).

A pesar de que hoy en día una mina busca áreas para la exploración del níquel y hay una industria ganadera de los ranchos vecinos, esto no implica un aumento de empleos asalariados para los *anangu*, que aún dependen de los deficientes programas del gobierno.

Por otro lado, en las tierras APY existe la población más numerosa del mundo de camellos silvestres (~ 1 000 000), que de forma original introdujeron como bestias de carga comerciantes paquistaníes en el siglo XIX. En años recientes, algunos vaqueros aborígenes con experiencia en los ranchos se encuentran en el proceso de exportar a países del Medio Oriente interesados en el consumo de carne de camélido. Además, una pequeña cantidad de la carne se expende a restaurantes en las ciudades de la región.



Figura 4. Un niño jugando en el campo en Pukatja, APY (J. Muhic, 2012).

Antes de la incursión de los exploradores ingleses, los *anangu* eran una población con gran movilidad que se desplazaba por todo el desierto hasta las costas del sur de Australia. Los procesos coloniales, a partir del siglo XVIII, incluyeron el despojo, el genocidio, la esclavitud y un programa gubernamental posterior llamado “la aculturación forzada”. Este último se encargaba literalmente del secuestro de niños y niñas aborígenes para su recolocación y educación, a la manera de los blancos, en escuelas albergues y/o por medio del trabajo en la servidumbre en casas privadas. Este proceso trágico y violento implicó que la mayoría de estos menores nunca lograra reunificarse con sus familias, lo cual provocó una situación de trauma colectivo conocido en Australia como “las generaciones perdidas”.

Los *anangu* que pudieron sobrevivir a esta situación para regresar a sus tierras forman en la actualidad la generación de personas que conquistaron sus derechos territoriales.

Por otro lado, los *anangu* tienen reglas estrictas de conducta y en particular de relaciones de parentesco. Las faltas y las sanciones resultantes mantienen el orden en la vida diaria y las violaciones a las reglas de matrimonio entre clanes, o por los casamientos horizontales entre



Figura 5. Autoridades tradicionales de APY (G. McWilliams, 2009).

primos o hermanos segundos, son castigadas en términos sociales por las comunidades. Además, mantienen una rica cultura de tradiciones ceremoniales, historia oral, cantos y expresiones artísticas reconocidas en Australia y en el extranjero.

A lo largo de los siglos XVIII y XIX, la introducción de las misiones de distintas dominaciones, y la intervención posterior del gobierno federal y estatal en el decenio de 1970, precipitaron procesos que obligaron a los aborígenes a asentarse en pueblos y casas para su control y administración. Hoy en día, sus casas son prefabricadas y construidas por el Estado. Además, en estos centros el gobierno instaló escuelas, oficinas y tiendas. Por su parte, los templos comunitarios se hallan al aire libre y las misiones que abandonaron la zona con la llegada de los servicios del gobierno fueron retomadas por los mismos aborígenes con sus propios líderes en la década de 1970.

Antes de la Colonia Inglesa (1788-1900), cada familia extendida vivía en sus propios *homesteads* o ranchos, y su organización social giraba en torno de la cacería y la recolección de plantas, insectos y gusanos. De esta forma, los aborígenes no construían edificios ni tampoco acumulaban muchos bienes materiales. Hasta la intervención misional y estatal, su vida se basaba en la caza y recolección y tenía una gran movilidad. En la actualidad continúan la cacería del canguro y la recolección de hormigas de miel y insectos comestibles, pero el sedentarismo, la introducción de bebidas alcohólicas, el consumo de una dieta de comida comercializada y procesada con altos contenidos de azúcar y calorías han ocasionado un deterioro de la salud y su condición física en general. No obstante, algunas familias se mantienen alejadas de las comunidades y han optado por una vida en los ranchos o *homesteads* de sus ancestros.

La formación de las comunidades de los centros misionales y estatales, y la vida en estas concentraciones administrativas, según los mismos *anangu*, ha sido la causa de muchas fricciones entre familiares, además de tener como resultado un aumento de la violencia social y doméstica, la depresión y los suicidios.

Como se ha mencionado con anterioridad, la mayoría de la población recibe subsidios para sus casas y dinero del gobierno, si bien en proporción insuficiente, lo cual implica que en los días de escasez tiene lugar la mayor parte de los brotes violentos en las comunidades, expresados en la forma de violencia doméstica, familiar u otros enfrentamientos entre jóvenes (disputas con arma blanca, vandalismo y robos de comida en establecimientos).

Desde de la formación de APY, y con la “intervención” del Estado, el territorio mantiene prohibiciones contra la venta y consumo de bebidas alcohólicas, además de que la venta de gasolina se ha sustituida por la de diésel, que no sirve como droga inhalable. No obstante, dentro de sus tierras y en otros puntos existen traficantes de alcohol, marihuana u otras sustancias que se consumen, sobre todo entre los jóvenes. Asimismo, hay una planta endémica estimulante tradicional (legal) llamada *mingkulpa* (*Nicotiana excelsior*, *N. Gossei*), que mastican algunas mujeres. Según ellas, ésta mitiga los dolores del hambre y conserva la energía.

El gobernó federal está considerando la intervención directa en las comunidades para impedir el uso del dinero gubernamental para el consumo de sustancias no comestibles. Además, un informe en 2008 indica que existen muchos casos de violencia relacionada entre menores de edad, que incluyen casos de sexo a cambio de comida, drogas o alcohol entre los menores, de tal modo que se registran muchos problemas de deterioro físico de personas, la utilizan de inhalantes (en particular petróleo) y drogas, con efectos previsibles: daño cerebral, alteraciones cardíacas y maltrato o abandono de niños, entre otros problemas más.

De igual modo, aunque no se dispone de cifras oficiales, entre la población se observan índices elevados de depresión y casos de suicidios. Esta situación se deriva de la dominación histórica, el racismo y la discriminación que viven cuando salen de sus tierras, además de los controles ya señalados impuestos en su territorio y forma tradicional de vivir. La pobreza y la inactividad promueven en conjunto un sen-

tido de marginación y depresión entre ellos. Algunas personas con problemas “depresivos” reciben atención tan sólo con medicamentos en las clínicas locales, ya que las comunidades carecen de servicios terapéuticos estatales; en cambio, sí hay un curandero tradicional en una comunidad al que recurren muchos sectores de la población.

Con anterioridad mencioné que sus casas son prefabricadas y construidas por el gobierno, pero se edifican sin ninguna consulta con la comunidad. Y, a pesar de la activa presencia e intervención del Estado, en muchas comunidades la gente aloja a más de 25 personas en cada casa, todas en espera de la construcción de nuevo edificios. En el caso del reparto de casas habitación existe una notoria discrecionalidad y ello termina por crear conflictos entre familias y comunidades; esta situación también acentúa la violencia doméstica, propicia rivalidades entre poblados y crea una frustración que en general exige la intervención de organizaciones externas y estatales que actúen por encima de las comunidades, al margen de las voces locales.

Debido a la escasez de casas y en general a la gran movilidad que acostumbran, muchas personas optan por una forma “tradicional” de vivir: dormir, afuera de sus casas, con una cobija y en derredor de una fogata. Asimismo, los *aqnangu* no están habituados a encerrarse en casas y éstas, en muchas ocasiones, por la falta de agua e higiene, se infestan de varios insectos nocivos (alacranes, piojos y chinches), de tal manera que las casas construidas por el mismo Estado funcionan muchas veces como focos de infección y enfermedad. Por otra parte, las oficinas de control administrativa se hallan a 12 horas de APY, en la ciudad de Adelaida, donde reside el personal del gobierno encargado de las tierras. En condiciones normales, éste no conoce la región ni su gente, cultura o problemas cotidianas. Algo similar sucede con la administración de las escuelas indígenas que hoy en día están a cargo de burócratas no aborígenes en ciudades lejanas.

Las estadísticas indican que sólo el 2% de los *aqnangu* que llegan hasta el noveno grado de la escuela puede leer. En comparación, en los otros estudiantes del estado de South Australia la cifra promedio es

de 92%. Sin embargo, se puede observar que sus escuelas mantienen una infraestructura de primer nivel y en general una excelente calidad de profesores, además de la relación entre maestros y estudiantes que puede considerarse “óptima” (hay alrededor de un profesor por cada 10 alumnos).

Los salones de clases son inmejorables; tienen aire acondicionado, alfombras, computadoras para cada estudiante, libros, materiales, bibliotecas, cafeterías, además de todo tipo de facilidades de materiales en lengua indígena, videos, DVD, etc. Asimismo, las escuelas cuentan con maestros altamente calificados y trabajadores aborígenes de las mismas comunidades que apoyan a los estudiantes y los profesores.

En consecuencia, los bajos niveles y resultados no son efecto de la falta de recursos o capacidad individual, sino de las carencias atribuidas a múltiples factores interculturales, históricos, mala nutrición, salud física y, sobre todo, costumbres culturalmente moldeadas que no son compatibles con las lógicas de las escuelas de la población de la sociedad dominante.

Otro motivo que explica la falta de “éxito” académico de los alumnos *anangu* se relaciona con el calendario ceremonial que las escuelas no



Figura 6. Niñas en Umuwa, APY (C. Harriss, 2012).

toman en consideración. Por ejemplo, los ritos de iniciación de los hombres (durante los meses de invierno) son un acto que significa el paso del estatus de *tjiitji* (niño) para tomar su lugar en la sociedad como *wati* o hombre. Como las escuelas comunitarias se extienden desde el kínder hasta el duodécimo grado, el ceremonial implica un desapego entre los hombres y los infantes y sus madres, de tal forma que es a partir de su iniciación que los *wati* abandonan sus estudios. Es decir, no deben estar habitualmente en los mismos espacios cotidianos de los niños y las otras muchachas de su generación. No obstante, en años recientes algunas escuelas están reconsiderando estas políticas escolares para buscar espacios alternativos para los hombres iniciados.

Para terminar, algunos científicos piensan que los aborígenes representan a la población humana más antigua afuera del continente africano, con una presencia en Australia que data de unos 60 000 años AC. Hoy en día, ésta no ha sido apreciada por su gran diversidad y riqueza cultural. La magnitud de las problemáticas contemporáneas existentes en las comunidades dentro de un país considerado del primer mundo es sorprendente. En Australia hay al parecer dos países en operación, uno de la sociedad dominante y el otro del mundo aborigen. Esto es evidente en la falta de consultas, representación política, las condiciones de marginación y la depresión entre otros factores más. La extrema pobreza en la zona se manifiesta en la muerte prematura de los mayores que tienen una mortalidad de unos 15 años en comparación con sus contemporáneos de la población nacional. Los periódicos y los activistas australianos llaman constantemente la atención sobre esto y sus condiciones de vida, falta de atención médica, desnutrición e inclusive casos de muertes por hambre. Sin embargo, frente a este dominio, los *anangu* se niegan a su desaparición. Producen grandes expresiones artísticas y mantienen una resistencia cultural formidable ante un aparato estatal que labora en favor de su exclusión social. Por último, esta gran diversidad cultural merece mucho más atención académica y social para comprender la profundidad y complejedad de sus creencias, prácticas y formas de estar en el mundo moderno.

Los "Magistrales" de la DEAS retoman una iniciativa editorial consolidada por Beatriz Barba de Piña Chan. Constituyen una muestra de la incesante necesidad que tienen los investigadores por dar a conocer resultados emblemáticos y maduros de su trabajo antropológico. Convoca a miembros de nuestro Centro o sus invitados y tienen por objetivo no solo llegar a un público especializado sino también difundir mediante un lenguaje accesible, las maravillas del conocimiento de nuestra especie.

